

RECUERDOS

ROQUE ESTEBAN SCARPA EN LA MEMORIA

Por Juan Antonio Massone

Existen personas que, en nuestra vida, comienzan por ser sólo un nombre, una lejana referencia, y terminan transformándose en compañía y valiosa amistad.

La primera noticia de don Roque la tuve en el colegio. Su apellido aparecía en unos apuntes de literatura que reproducían un juicio suyo acerca de *Desolación*, de Gabriela Mistral. Debieron pasar muchos años antes de que yo entendiera que esas palabras eran el germen de una de sus devociones permanentes en lo literario y, para mí, un hermoso póstumo de lo que, andando el tiempo del vivir, significaría el estímulo de una verdadera amistad, de la que me reconozco deudor.

Otro estaban en la memoria. Asisto a una clase de Literatura en el Pedagógico de la U. de Chile. Estábamos en 1968. Entonces el voto de reformas universitarias era noticia que se alternaba con el asesinato de Martin Luther King y Robert Kennedy; también con el viaje del Papa Paulo VI a Medellín y la toma de la Catedral en Santiago. Tiempos que preludiaban peores tormentas. En el espacio vacío, don Roque disertaba en torno a la Oratoria de Esquilo. 120 alumnos repletaban el recinto. La exposición era brillante: reflexión capaz de conmovir. Gran obra.

Tres años después lo tuve de profesor de Literatura moderna y contemporánea, esta vez en la Universidad Católica, en donde yo cursaba Pedagogía en Castellano. Entonces nos presenté a Dostoiéwski, a Chejov y a Thomas Mann. Al concluir mis estudios, ojeé dirigirme la memoria de título. A la sazón, se desempeñaba en la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos. Igualmente se dio tiempo, mucho tiempo. Así me lo parecía cuando iba hasta su domicilio, en Providencia, en donde conocí a su madre, doña María de la Esperanza. Las horas de correcciones minuciosas se alternaban con anécdotas y reflexiones sobre la escritura y de los grandes temas humanos. Su exigencia buscaba lo esencial: el diálogo directo entre lector y texto. Cuando, alguna vez, traté de impresionarlo utilizando algún vocablo proveniente de esas ruidosas novedades que son las jergas de moda, una cara de auténtica extrañeza las recibía y sin más ni más el diccionario se encargaba de despejar las nieblas o de aportar vocablos más sinceros.

Mi caso no fue excepción, sino una de sus normas: acompañar el crecimiento ajeno. Siempre se dio tiempo, ese mismo tan escaso en otros mucho menos laboriosos e importantes que él. Su verso juvenil de *Mortal Mantenimiento* (1942) "Y siempre es tiempo" se impuso a todas las vicisitudes y advertencias que se le depusieron en abundancia.

A partir de 1977 lo reencontré semanalmente en las tertulias de la Agrupación Amigos del Libro, dirigidas por Oreste Plafla, que se efectuaban cada sábado en librería Nascimento. Una vez más me beneficié de su ayuda correctiva y de un largo prólogo suyo a mi libro *Alguien hablará por mi silencio* y, poco después, de otro a la autopercepción de mi *Quién es Quién*, serie creada por Oreste, que se leía en el Museo Vicalma Mackenna.

Don Roque destacó en muchas labores y por motivos tan amplios como elocuentes. Su trabajo magisterial por más de 50 años; la creación de centros culturales a lo largo del país (Bibliotecas, Referencias críticas, Archivo de la palabra, Archivo de la Música); en la Academia Chilena de la Lengua (amplié el registro de disciplinas entre los integrantes al crear seis plazas para lingüistas y gramáticos; bajo su dirección se incorporaron escritoras y estudiosas del idioma. Pero, sobre todo, aporté a nuestra literatura sus libros de poemas y ensayos, antologías y textos de estudio, todos imprescindibles si se quieren conocer testimonios señeros de creación y de pensamiento. Al respecto, me cupo el papel de ser el primer estudioso de su obra poética. Digo esto sin oblicuo afán de notoriedad, sino en el espíritu de declarar una de las facetas que forjaron nuestra amistad en los últimos 17 años. Al cabo de dicho lapso quedas conmigo el recuerdo de tantos viajes: Valdivia, Osorno, San Felipe, Punta Arenas, Valle de Elqui, innumerables ocasiones de conversación, cartas suyas, anécdotas, trabajos compartidos en libros y jornadas literarias. Momentos de gloria y de soledad nutrieron esta conciencia.

El buen humor compensaba su severa apariencia. Solía repetir que era él su primer enemigo. Sus instantáneas respuestas abundaban, muchas veces, en ironía de navajazo. Cuando fue exonerado de la Biblioteca Nacional, muchos inquirieron de él razones, juicios, veredictos. Le escuché éste: "Me han dicho que el Ministro de Educación es un buen subarrogante, pero en esto no ha sabido

utilizar ni el periscopio".

Se daba tiempo para recorrer tiendas con tal de satisfacer gustos, generalmente, onerosos. De economía aprendió mucho más de gastos que de ahorros. El otorgamiento del Premio Nacional de Literatura (1980) lo sorprendió con las faltriqueras vacías. Podía que lo declararan en interdicción respecto de la administración de sus bienes. La presencia benéfica de Juan, su hijo adoptivo, le protegió de sus entusiasmos por los objetos finos y de sus gastos que muchas veces tentaban la mejor precaución.

Por mi parte, le reproché el desorden en sus papeles y archivos. Respondía él que la escritura era su orden, que alguien le quería a pesar de sus flaquezas y, a veces, en contra de su parecer atarantado.

En fin, encuentros en que le supe nostálgico y esperanzado, amistoso y combativo, pero siempre entregando ocasión de día muy humano. Las profesoras Josefina Bravo y Mónica Blanco, estudiosas de sus obras, le dispensaron un grande afecto que sé él valoraba como un bien muy preciado. Hubo otras presencias benéficas no arredradas por la fatiga ni la floja voluntad. En sus últimos tiempos, grité de la corcama de sus nietos y disfruté las gracias infantiles con evidente complacencia.

Maltrecha su salud física, ausente el ánimo y endeble el caminar, se le hizo evidente un hondo anhelo de descanso. En los nidos de sueño no había pájaros ocano.

Al lado de personas como don Roque se aprenden lecciones de verdadera humanidad. Uno de esos aprendizajes: la pervivencia de la memoria del justo hecha obra y ejemplo, pues a despecho de la desidia o inequidad valorativa en que se le haya tenido, el acto de morir en que cesa su apariencia, abre la más serena posibilidad de perspectivas a los seres de un día, que somos los peregrinos del tiempo y, al justo, le depura la ocasión y cumplimiento del gran encuentro. Profético y esperanzado, el poeta Scarpa escribió:

"Moriré en todos ustedes, no en mi mismo, porque en el instante final será el orden, la suma y resta, y por misericordia, tendré un cuociente que no podrá ser cero".

Roque Esteban Scarpa en la memoria [artículo] Juan Antonio Massone.

Libros y documentos

AUTORÍA

Massone, Juan Antonio, 1950-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1995

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Roque Esteban Scarpa en la memoria [artículo] Juan Antonio Massone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa